

Introducción a una teoría de las pulsiones*

ADOLFO BERENSTEIN

De nada vale todo lo que se puede decir de las pulsiones si se abandona la perspectiva que ofrece la clínica psicoanalítica, porque sólo desde este lugar se puede apreciar en todo su alcance el valor potencial de esta noción en la interpretación de ciertas formaciones psíquicas. La clínica fue siempre un campo privilegiado en la observación de los fenómenos de la cultura a través de los ventanales abiertos por el estudio y la interpretación de los síntomas, un espacio construido para descifrar el sentido de los trastornos de la vida psíquica con los instrumentos proporcionados por la teoría, y al mismo tiempo, una fuente donde se generan gran parte de los conceptos utilizados en el psicoanálisis. Es impensable una clínica psicoanalítica despojada de la fecundidad que posee la invención freudiana de la pulsión, y vaciada así de todo contenido sexual y de espaldas a la muerte. Si esto sucediera se desmoronaría gran parte del edificio clínico arrastrando en su derrumbe el montaje de la transferencia y el automatismo de la repetición.

*BERENSTEIN, Adolfo: *Vida sexual y repetición*. Síntesis, Madrid, 2002.

El psicoanálisis sin la clínica pierde su capacidad de transformación como herramienta de cambio y se convierte en una *weltanschauung*, una mera ideología. No hay psicoanálisis sin clínica. Pero tampoco hay clínica psicoanalítica sin la teoría de las pulsiones. Si ahora se le dedica a la pulsión una preocupación teórica es porque algo está cambiando desde hace años en la clínica, y no sólo en su fenomenología sino también en su estructura. Este viraje es el que impone, sin ninguna duda, la revisión de unos de los conceptos fundamentales del psicoanálisis.

Es un momento oportuno para recordar un fragmento cuyas líneas despertarán la curiosidad y la sorpresa del lector por la singular descripción de los fenómenos observados en una sociedad en apariencia tan cer-

cana, en el tiempo, a la nuestra: “La cuestión planteada es la de si las causas de la nerviosidad antes expuestas se hallan realmente dadas en la vida moderna en tan elevada medida que el extraordinario incremento de tal enfermedad, y a esta interrogación debemos contestar en el acto afirmativamente, pues nos basta para ello echar una rápida ojeada sobre nuestra vida moderna y su particular estructura”.

“La simple enunciación de una serie de hechos generales basta ya para demostrar nuestro postulado: las extraordinarias conquistas de la edad moderna, los descubrimientos e invenciones en todos los sectores y la conservación del terreno conquistado contra la competencia cada vez mayor no se han alcanzado sino mediante una enorme labor intelectual, y solo mediante ellas pueden ser mantenidos. Las exigencias planteadas a nuestra capacidad funcional en la lucha por la existencia son cada vez más altas, y sólo podemos satisfacerlas poniendo en el empeño la totalidad de nuestras energías anímicas. Al mismo tiempo las necesidades individuales y el ansia de goces han crecido en todos los sectores; un lujo inaudito se ha extendido hasta penetrar en capas sociales a las que jamás habían llegado antes; la irreligiosidad, el descontento y la ambición han aumentado en amplios sectores del pueblo; el extraordinario incremento del comercio y las redes de telégrafos y teléfonos que envuelven el mundo han modificado totalmente el ritmo de la vida; todo es prisa y agitación; la noche se aprovecha para viajar, el día para los negocios, y hasta «los viajes de recreo» exigen un esfuerzo al sistema nervioso. Las grandes crisis políticas, industriales o financieras llevan su agitación a círculos sociales mucho más extensos. La participación en la vida política se ha hecho general. Las luchas sociales, políticas y religiosas, la actividad de los partidos, la agitación y la vida corporativa, intensificada hasta lo infinito, acaloran los cerebros e imponen a los espíritus un nuevo esfuerzo cada día, robando tiempo al descanso, al sueño y a la recuperación de energías. La vida de las grandes ciudades es cada vez más refinada e intranquila. Los nervios, agotados, buscan fuerzas en excitantes cada vez más fuertes, en placeres intensamente especiales, fatigándose en ellos. La literatura moderna se ocupa preferentemente de problemas sospechosos, que hacen fermentar todas las pasiones y fomentan la sensualidad, el ansia de placer y el desprecio de todos los principios éticos...” (Freud S., 1908: 936 T. I).

Aunque la cita desprende un aire conservador y por momentos retrógrado, por este motivo no la transcribo de manera completa, sorprende por la claridad de su descripción y por la relación establecida entre el incremento de la enfermedad nerviosa y la modernidad. Pero sorprende aún más porque el autor un tal W. Erb, escribió este texto en 1893, hace

más de un siglo, y fue recordado luego por Freud en su escrito sobre *La moral sexual "cultural" y la nerviosidad*, en el año 1908.

¿Acaso no se podrían suscribir muchos de los ejemplos como si fueran una versión apagada de nuestra vida actual? Ahora el tiempo subjetivo del hombre tiene un ritmo vertiginoso, su aceleración conduce a la inmediatez de la satisfacción, no hay lugar para la espera, y menos para el dolor. La producción de objetos de consumo inunda el mercado global, todos somos más o menos bulímicos potenciales, una vez saciados hasta el hartazgo, se vomita y se convierte lo usado en pura basura que se arroja sin piedad a la calle. Si se quiere dejar un espacio para el deseo es necesario transformarse en un anoréxico virtual, promover la virtud de la insatisfacción, rechazando la tentadora invitación de los escaparates. Pero, aunque se intente cerrar la puerta de los sentidos el mundo imaginario domina e impone sus propias leyes. La perfección se tiñe con los colores de la moda y se eleva a una estética de las formas de la que es difícil sustraerse cuando la imagen condensa, en su sentido más especular, los ideales supremos de la belleza.



Al mismo tiempo la técnica avanza y transforma constantemente las condiciones de vida, de una manera tan rápida que es imposible seguir su trazo para asimilarla. La reproducción asistida y la clonación separan a la sexualidad de la reproducción, dicho de otra manera, la actividad sexual le cede el paso al laboratorio de experimentación; el genoma humano y las investigaciones con las células madre ofrecen la posibilidad de manipular con fines terapéuticos los trastornos hereditarios; el crecimiento de las redes de comunicación –la telefonía móvil, Internet y el uso de los ordenadores– abren el campo de las conexiones hacia las grandes masas humanas, la despliega en todas las direcciones y aceleran los tiempos de la elaboración subjetiva privilegiando la inmediatez de la información; la conquista del espacio crea nuevas formas de estrategia para la guerra y la defensa y coloca al conjunto de los países bajo la hegemonía de las grandes naciones. Junto a todo esto el hombre descubre la planificación del exterminio en masa, los campos de concentración y las armas bacteriológicas, y se sirve de las investigaciones científicas para montar una industria de la guerra.

La globalización al servicio del liberalismo económico unifica los mercados financieros pero no reduce la frecuencia de las crisis económicas y sociales que desgastan la convivencia y ahondan las diferencias entre los países. A medida que se forman bloques políticos y mercados comunes crecen los signos de la discriminación y la xenofobia, aumentando los atentados terroristas por motivos políticos, religiosos o racia-

les. Las ciudades concentran grandes poblaciones, el desempleo se convierte en una enfermedad crónica, sobre todo entre los jóvenes, junto a la adicción a las drogas y a la violencia. Lo realmente contradictorio es la permanencia de este panorama social en una civilización que ha alcanzado un desarrollo tan alto como la nuestra. Seguramente, nuestro Sr. Erb, estaría más espantado ahora que hace un siglo, y volvería a señalarnos cómo estas circunstancias estimulan el crecimiento de las enfermedades nerviosas, cosa por otra parte irrefutable. Sería descabellado negar la relación entre la cultura y la neurosis en general, una relación que no necesita ninguna prueba. Los que sí merecen ser señalados son los cambios de las estructuras patológicas según las diferentes formaciones culturales, y las respuestas que esas culturas tienen frente a la enfermedad.

Son fenómenos extraños en la observación de la clínica actual las grandes manifestaciones de la agitación motora de la histeria de conversión reconocidos en la época juvenil del psicoanálisis, y que condujeron al estudio de los síntomas de contagio histérico tan frecuentes en los conventos de la Edad Media, o las posesiones demoníacas de las mujeres histéricas acusadas por brujería y castigadas por los tribunales inquisitoriales con la hoguera. Los delirios, como ya sabemos, siempre llevan en su seno retazos del discurso social; su lenguaje, hecho con el magma de la cultura confecciona un tejido denso con los delgados hilos de la palabra. Considerados así, se puede decir que los delirios místicos ya no descienden como antes de los reinos del cielo en forma de rayos divinos, ahora bajan con las naves espaciales, enviadas por seres malignos desde Marte para invadir la Tierra.

Por otra parte, el uso extendido del tatuaje, del *piercing*, o cualquier otra forma de señal en el cuerpo son en la actualidad marcas de identificación utilizadas por los jóvenes, un documento nacional de identidad, una manera de reconocerse y organizarse en tribus ciudadanas con emblemas diferenciados. ¿No son acaso estos signos los nuevos síntomas de nuestra cultura como lo pueden ser también la bulimia o la anorexia?

Hay en cada época de la civilización un trastorno de la vida psíquica que se convierte en el representante simbólico, en el paradigma, donde convergen las líneas del discurso social. Si la histeria lo fue con respecto a la represión sexual, y sobre todo a la represión sexual femenina, la bulimia y la anorexia se erigen, hoy, en portavoces de un deseo atrapado en las redes de lo imaginario. Se vive en un mundo donde se cultiva una especie de idolatría por la imagen, por la información ilustrada más que por la formación de los textos, alimentada por una apropiación voraz de los objetos. El consumo indiscriminado nos ha convertido a todos, de

una o de otra forma, en verdaderos adictos con el fin de saciar la angustia. No hay espacio posible para el deseo en la espera de una satisfacción futura. Es la cultura de la inmediatez, del aquí-ahora o nunca. Paradójicamente, a medida que avanzan las expectativas de vida en la humanidad, y se prolonga su proyección de futuro y el horizonte de la muerte se aleja, disminuye su capacidad para postergar en el tiempo la ejecución de sus actos. Es la ideología de lo perentorio, de la comida rápida o del café al paso. El tiempo psíquico se acorta como si el sujeto sufriera un cortocircuito en las cadenas lógicas del pensamiento y se redujera con ello las posibilidades de la elaboración simbólica. La reflexión retrocede a medida que crece la necesidad de actuar. Como sucede en el cine americano de acción o en los cortos publicitarios, los acontecimientos se precipitan de una manera vertiginosa, en pocos fotogramas se desencadena un frenesí sin control, los personajes son arrastrados por la vorágine de una historia sin sentido como marionetas movidas por fuerzas poderosas e insensatas. ¿Cuáles son esas potencias ocultas que a veces desafían el raciocinio imponiendo la ley del goce inmediato? ¿Qué lugar ocupan en la vida psíquica del hombre y qué conexión tienen estas tendencias con las otras instancias anímicas?



Si bien los elementos de la organización psíquica no se modifican por las influencias del mundo exterior, es decir, no alteran ni su estructura ni su naturaleza, ellos adquieren diferentes formas de relación según la historia subjetiva particular y el tipo de cultura dominante. La combinación propia de cada entramado produce el conjunto de las formaciones sintomáticas y organiza el cuadro patológico. El sujeto generador de cultura es al mismo tiempo un efecto condicionado por ella.

Sin ninguna duda, los avances tecnológicos logrados en las últimas décadas, a un paso acelerado, han creado condiciones de vida difícilmente asimilables por el ser humano. La escasa elaboración psíquica de estos cambios, producidos a un ritmo vertiginoso, han conducido a un estado de perplejidad y desorientación cuyo efecto más visible es la falta de dominio y control sobre los instrumentos, y la tendencia a la actuación. Superado por los acontecimientos, incapaz de orientarlos y dirigirlos, el sujeto es arrastrado por la respuesta automática de sus actos, vacíos de significación. Perdida la capacidad de sentido también se pierde el orden de los valores y se resiente la función de los ideales. Además, el malestar se acrecienta de continuo en un mundo atiborrado de objetos, la capacidad de goce disminuye por la asfixia de un deseo agotado por el exceso. La patología de nuestro tiempo sigue en su conjunto estas directrices de retracción de la potencialidad simbólica y el desmedido automatismo a la actuación, presentes en cuadros como la anorexia mental, la bulimia o

las adicciones. Es esta perspectiva clínica la que impone ahora la necesidad de un estudio de las pulsiones para seguir el curso actual de las complejas estructuras psíquicas y sus formaciones sintomáticas. Para emprender este difícil camino se requerirá, por encima de todo, paciencia para transitar por los laberintos de la obra freudiana en la reconstrucción de un concepto calificado, desde siempre, como fundamental.

2. El camino freudiano.

¿Qué quedaría de la noción de sexualidad si desconectamos el lazo incondicional que la une a la genitalidad y a la reproducción? Desde siempre se ubicó a la función sexual como una mera actividad de la naturaleza destinada a preservar la continuidad de la especie. Se la concebía como una función del aparato genital similar a la respiración o la digestión. Del mismo modo que los órganos de cualquier aparato se ponen al servicio de un determinado fin —el hígado y el páncreas segregan jugos para favorecer la digestión y el intestino delgado y grueso absorben los alimentos y eliminan los residuos—, los órganos genitales producen las células sexuales para la conservación de la especie. La idea de una sexualidad considerada como un simple medio destinado a la reproducción se convierte en una coartada puesta en marcha por la represión psíquica, para ocultar y separar el goce proporcionado por el acto sexual. La universalidad abstracta manifestada en la idea de la conservación de la especie aplasta y reduce a la nada el encuentro carnal de los seres vivos. El pudor, la repugnancia o el asco, hacia una sexualidad sin teleología vence en todos los terrenos en una cultura victoriana donde Freud comienza a desplegar sus investigaciones sobre la vida psíquica.

Freud socava el conjunto de los prejuicios sexuales dominantes al separar esta función de la genitalidad y la reproducción y convertirla en una incógnita que debía ser definida por vía de la construcción teórica. Pero aún hace algo más impactante a los ojos de una moral puritana, cuando extiende la actividad sexual más allá de la vida adulta de los sujetos y la ubica en la época infantil, en la más temprana edad, estimulada por los cuidados maternos. Es un modo de operar próximo a otro texto de gran calado teórico como *La interpretación de los sueños*: antes de exponer sus propias conclusiones realiza una limpieza exhaustiva de todos los contenidos imaginarios creados por el saber popular y critica las falsas concepciones científicas dominantes en su campo de estudio, para luego aproximarse con hipótesis provisionales al tema que le preocupa, sin cerrar jamás con fórmulas dogmáticas el territorio abierto por sus conjeturas. Con la sexualidad sucede lo mismo, una vez depurada de

las adherencias ideológicas queda un hueco cuyo valor de incógnita es imposible de recubrir plenamente con el saber. Aunque se pueda decir muchas cosas sobre ella, y sin duda se trata de decir casi todo con los actos o con la palabra, todo lo que se diga no puede obturar el vacío creado por la operación freudiana. El psicoanálisis asume así lo sexual como un nudo incapaz de ser absorbido por el saber.

En el espacio abierto por Freud, la noción misma de pulsión ocupa, entonces, un lugar privilegiado desde el instante en que se separa a la sexualidad de su simple ligazón con la naturaleza orgánica para unirla a la función psíquica. Para decirlo de otro modo: sin el concepto de pulsión no es posible pensar la sexualidad humana, y menos aún la organización del aparato psíquico. A través de la pulsión se abre un camino por donde el deseo se ata al goce y la sexualidad penetra de lleno en la vida psíquica; no hay psiquismo sin sexo, ni sexualidad humana sin organización psíquica. La pulsión, el deseo y el goce, configuran el trípode de la operación de la transferencia donde el acto de la palabra pone de manifiesto la función sexual en el sujeto.

Acercarse al tema de la pulsión a través de la obra freudiana exige del lector una libertad de espíritu, un cierto abandono para dejarse conducir por los laberintos de una composición, mucho más cercana a la riqueza musical de una partitura que al equilibrio armónico de la escritura científica. Las variaciones rítmicas dibujadas por su pluma nos arrastran hasta las fronteras mismas de la sinrazón, en un intento vano por capturar lo que tiene de real una sexualidad cuyo lugar en la teoría nunca se confunde con el campo de la biología. Para cumplir con este cometido Freud se apoya en una escritura brillante –reconocida con el premio Goethe de literatura–, que contribuyó tanto o más a la difusión y extensión del campo psicoanalítico que la propia imaginación y la capacidad especulativa puestas al servicio de la construcción teórica.

En los distintos escritos se suceden los colores y los matices en la inflexión de su voz cuando se ocupa de las formaciones del inconsciente, de las modulaciones dibujadas por el deseo en la vida cotidiana, y de la trama densa de los registros en la construcción de la estructura psíquica. La porosidad de la prosa freudiana, el carácter maleable de los elementos de la composición y la falta de rigidez de las articulaciones conceptuales allanan, indudablemente, el trabajo de la interpretación, pero dejan al descubierto el camino a la distorsión o al dogmatismo de sus ideas. Fenómeno paradójico y contradictorio, aunque evidente, en la historia del psicoanálisis atravesado por continuas corrientes de opinión, que muchas veces aprovechan la letra freudiana con el fin de crear nue-

vos cenáculos. Circunstancia inevitable, de penosas consecuencias y de difícil resolución, que deja como rémora un profundo desgaste en las vías de comunicación entre los analistas, una repetida fragmentación de los grupos, y una preocupación exagerada por los asuntos internos del movimiento. Diversos motivos pueden enunciarse como causantes de esta situación de la que se aislarán sólo dos por su enorme peso específico.



El primero se enmarca en el discurso singular de la teoría analítica dada las condiciones propias de la estructura inconsciente. Una de las primeras definiciones utilizada por Freud se reduce a esta sencilla fórmula: el inconsciente es **“un saber que no se sabe”**. Un saber que atañe y compromete al sujeto, presente en sus sueños o en sus actos, pero que él desconoce o reconoce de un modo insuficiente. Esta cualidad irreversible del inconsciente marca la propias posibilidades de una teoría coartada en la transmisión de todo lo que nos concierne y nos determina, porque en el mismo momento de intentarlo, se escapa en lo dicho, la palpitación del decir inconsciente. De allí que la teoría analítica se teja no sólo con el saber de las ciencias, sino también con los hilos de la conjetura, con los restos de las construcciones míticas de otras civilizaciones, con las paradojas de las expresiones hipotéticas o con las suposiciones residuales de los ecos del inconsciente. Estas condiciones presentes en cada uno de los pasos realizados en la construcción de la teoría psicoanalítica la convierte, al mismo tiempo, en un sistema en continuo movimiento, sometida a revisiones y remodelaciones que abren el camino a nuevas conjeturas. El psicoanálisis tiene poco de sistema cerrado, no podemos considerarlo como un orden clausurado en torno a definiciones precisas, su discurso, mal que nos pese, se aproxima más a la función poética del lenguaje que al saber científico. Por supuesto, este contexto propicia la libertad de espíritu necesaria para acercarnos a la obra freudiana, y favorece, sin lugar a dudas, una lectura abierta e inquietante por los laberintos de un saber que se busca a sí mismo. Esta misma fluidez adquiere una intensidad mayor o se apaga lentamente si se introduce un nuevo factor agregado al diálogo psicoanalítico que posee la capacidad de teñir el lazo social de los analistas.

Aquí, se abre una segunda cuestión, íntimamente ligada a la formación del analista y a la extensión del psicoanálisis. Siempre se habla de ese soporte primordial en la transmisión de la teoría, muy sensible a las pequeñas vibraciones, y que se expresa con inusitada fuerza en todas las direcciones. La transferencia es un fenómeno que atraviesa la posición del analista impregnando no sólo su modo de actuar y pensar en la clínica, sino también, su lugar en las agrupaciones psicoanalíticas. Una línea

de alta tensión erótica por donde transitan las palabras que pueden facilitar o bien oscurecer la lectura y la transmisión de la teoría; trazo marcado por el surco de los discursos en la enseñanza de un pensamiento cuyo único destino es la libre interpretación de los textos, y no la estrechez dogmática y cerrada que sólo aumenta el progresivo desinterés mostrado en amplias capas de la cultura por las obras psicoanalíticas. La reiteración a veces obsesiva de fórmulas preconcebidas, el cansancio intelectual que provoca el lenguaje críptico y la ausencia de respuestas a los problemas actuales de la sociedad, han apagado la voz del psicoanálisis. Sin embargo, y a pesar de estos obstáculos, la vigencia del psicoanálisis en la cultura es un hecho incuestionable sostenido por el peso contundente de la obra freudiana en el pensamiento moderno. No hay disciplina en la actualidad que no esté teñida, en mayor o menor medida, por un conjunto de ideas que van desde la transferencia a la sexualidad infantil, pasando por la interpretación de los sueños, el Complejo de Edipo o la noción misma de inconsciente, y que han penetrado también en el magma del lenguaje corriente de la vida cotidiana.

Es preciso retornar ahora a nuestra composición musical sin apartar la mirada de la partitura que nos guía. Los fundamentos de la teoría psicoanalítica, lo que se denomina sus pilares mayores, fueron construidos por Freud después de cuatro décadas de incansable trabajo intelectual, y así lo entendieron sus sucesores que lo consideraron el único autor del psicoanálisis. Freud colonizó con su obra un territorio virgen, creó un nuevo continente en el campo de la cultura, y le otorgó, no sólo una carta de ciudadanía, sino también una lengua propia modulada en torno a la vida subjetiva y al lugar que ocupa el deseo inconsciente.

Sobre esta base, las posteriores aportaciones extendieron y matizaron muchos de los conceptos elaborados, ampliando el campo con nuevos interrogantes; tuvieron que responder a los cambios observados en la clínica con la actualización de las nociones; y llegaron a contradecir, en esta búsqueda, ciertos predicamentos teóricos. Sin embargo, no dejaron de reconocer su deuda con la escritura freudiana ni pretendieron desplazarla, a pesar de las variaciones temáticas introducidas con los nuevos repertorios. Siempre hubo un autor y muchos intérpretes, distintas corrientes de opinión, con suerte diversa, glosaron con sus estudios la partitura freudiana. Esta aceptación general de la paternidad intelectual del psicoanálisis no fue el único motivo que impulsó y alimentó la ambición de Freud, también anheló ubicar a la naciente disciplina psicológica en un plano de igualdad y reconocimiento con las otras ciencias.

Después de su graduación como médico, Freud se dedicó durante

unos años al estudio de la biología y de la neurología en el laboratorio de experimentación de Brücke, lo que le proporcionó un amplio conocimiento de la física y, sobre todo, una profunda comprensión de las teorías de Du Bois-Reymond y Helmholtz, que tanta influencia tuvieron en la formación de su espíritu científico. Posteriormente, la creación del psicoanálisis con los principios y leyes del funcionamiento inconsciente, y con el diseño del conjunto del aparato psíquico con sus diferentes instancias, y con su aplicación, en el terreno práctico, en la curación de las enfermedades nerviosas, le impulsaron a Freud a buscar la aceptación de la comunidad científica. Freud no ocultó jamás su deseo de dar al psicoanálisis un sitio de honor junto a la Física y a la Biología, y todos sus intentos teóricos tuvieron esa sola y única dirección. Lo cierto es que su proyecto no llegó nunca a realizarse porque la nueva psicología del alma, representada por el psicoanálisis, estaba muy lejos de ser considerada una ciencia exacta, en el sentido clásico del término, y mucho más cerca de lo que el autor suponía de la creación literaria en el entramado de un mito moderno y de la reconstrucción arqueológica de una verdad histórica. El pensamiento racional de Freud encontró siempre en su propia tendencia a la especulación el principal escollo, hasta el punto de considerar, él mismo, a la propia teoría psicoanalítica mucho más próxima al delirio que a la construcción científica.

Si antes se comparó la obra freudiana con una composición sinfónica por los tiempos y la orquestación, con la que el lector mantiene un continuo diálogo de contrapunto, ahora se la puede equiparar a una construcción arquitectónica de gran envergadura. Para ello Freud utilizó materiales de diferente procedencia con un estilo innovador. Por una parte, el psicoanálisis se asienta en el firme terreno de la clínica, abonado por la psiquiatría en la observación y la descripción fenomenológica de los síntomas, y en la clasificación de los cuadros patológicos. Sin lugar a dudas, el mérito de Freud fue servirse de estos precedentes para independizar los fenómenos de la mera explicación anatómica y fisiológica, y situarlos dentro de un complejo sistema psíquico que se irradiaba en torno a su gran invención: el inconsciente. Si la psiquiatría es un sendero estrecho que conduce en la actualidad, de un modo casi excluyente, a una interpretación bioquímica de la vida psíquica, el psicoanálisis abre las puertas, con la dialéctica de su discurso, a otros horizontes. Sus fronteras limitan con diversos territorios de la cultura y mantiene con ellos un intercambio, por una parte, imprescindibles en la formación del analista, y por otra parte, necesarios para la continua alimentación teórica. Allí conviven la Lingüística estructural y la Literatura, esenciales para el dominio de los tropos de la retórica e indispensables en la escucha de los fantasmas inconscientes; la Mitología y la Historia de las religiones, refe-

rencias necesarias para metaforizar algunas construcciones de la vida psíquica, y modelos de una escritura donde se articulan los distintos modos de manifestarse la verdad; la Filosofía y el Arte son demostrativos representantes de las producciones imaginarias del sujeto; la Lógica, la Topología o las Matemáticas, introducidas de un modo productivo por la enseñanza de Jacques Lacan, para devolverle al psicoanálisis una formalización perdida en los laberintos del sentido; o ciencias como la Física o la Biología, importantes, en algunas ocasiones, para dar fundamento a ciertos enunciados teóricos.

Además de las fuentes utilizadas por Freud para extraer y trabajar materiales de distinta procedencia, sometidos a un proceso de elaboración y de redefinición conceptual con el fin de introducirlos en el interior del campo psicoanalítico, se halla su propia producción teórica, la forma de concebir la matriz del aparato psíquico, apelando, a veces, a su enorme capacidad especulativa. Quizá sea posible recortar su modo particular de trabajo en el terreno de la teoría si seguimos atentamente sus observaciones epistemológicas: “Hemos oído expresar más de una vez la opinión de que una ciencia debe hallarse edificada sobre conceptos fundamentales, claros y precisamente definidos. En realidad, ninguna ciencia, ni aún la más exacta, comienza por tales definiciones. El verdadero principio de la actividad científica consiste más bien en la descripción de fenómenos, que luego son agrupados, ordenados y relacionados entre sí”.

“Ya en esta descripción, se hace inevitable aplicar al material determinadas ideas abstractas extraídas de diversos sectores y, desde luego, no únicamente de la observación del nuevo conjunto de fenómenos descritos. Más imprescindible aún resultan tales ideas –los ulteriores principios de la ciencia– en la subsiguiente elaboración de la materia. Al principio han de presentar cierto grado de indeterminación, y es imposible hablar de una clara delimitación de su contenido. Mientras permanecen en este estado, nos concertamos sobre su significación por medio de repetidas referencias al material del que proceden derivados, pero que en realidad les es subordinado. Presentan, pues, estrictamente considerados, el carácter de convenciones, circunstancia en la que todo depende de que no sean elegidas arbitrariamente, sino que se hallen determinadas por importantes relaciones con la materia empírica, relaciones que creamos adivinar antes de hacérsenos asequible su conocimiento y demostración. Sólo después de una más profunda investigación del campo de fenómenos de que se trate resulta posible precisar más sus conceptos fundamentales científicos y modificarlos progresivamente, de manera a extender su esfera de aplicación, haciéndolos irrefutables. Este podrá ser



el momento de concretarlos en definiciones. Pero el progreso del conocimiento no tolera tampoco la inalterabilidad de las definiciones. Como lo evidencia el ejemplo de la Física, también los «conceptos fundamentales» fijados en definiciones experimentan una perpetua modificación del contenido.” (Freud S., 1917: 1027 T. I).

Como si se tratase de un verdadero testamento, Freud lega en estas pocas líneas los principios básicos de la construcción teórica en toda investigación científica. Así permite reconocer en el sostén de cualquier disciplina los fundamentos dados por los conceptos primordiales; como ellos no son una adquisición inmediata, y requieren un largo proceso de elaboración marcado por el considerable valor dado, en un primer momento, a la importación de nuevas ideas desde otros territorios de la cultura y de las ciencias; y cómo, una vez logrado su firme asentamiento en el sistema de relaciones delimitado por el campo teórico, deben mantenerse en perpetua transformación. Pero, quizá, lo más importante de señalar en este breve texto es el proceso de creación conceptual, el andamiaje de las ideas y sus respectivas correspondencias en la gestación de una realidad teórica. No se trata de que la idea o el concepto sea una mera duplicación del material investigado, un simple reflejo de la observación, sino que por el conjunto del trabajo intelectual se produzca algo distinto, inexistente, hasta ese momento. Aunque lo definido tiene una evidente conexión con la materia tratada, lo cierto es que el producto sobrepasa en exceso el punto de partida, del mismo modo que en un acto de invención cualquiera se trascienden los elementos de la materia prima utilizada. Y por último, volver a señalar algo ya dicho: el carácter de suposición, conjetura o eco lejano de las nociones elaboradas, que hacen del trabajo de la escritura en la investigación una función equiparable al telescopio artificial en la observación de fenómenos de los que sólo se pueden deducir y, a veces, especular las relaciones de un universo que emite lejanas señales indirectas.

Ubicado en este punto, a Freud le cabe otro acto de audacia cuya trascendencia marcará sensiblemente a la teoría y al movimiento psicoanalítico con la introducción del concepto de pulsión de muerte. Ya no se trata de separar a la sexualidad de la función genital adulta, ni de darle un sentido final ligado a la reproducción de la especie, sino de considerar, ahora, a la muerte como una fuerza pulsional similar a la sexual, como un hecho real y silencioso de la vida psíquica, fuente de muchos fenómenos anímicos. Con la pulsión de muerte el dualismo pulsional se instala con pleno derecho en el aparato psíquico, y los mecanismos íntimos de la vida inconsciente pasan a regirse por el juego dialéctico de las alternancias, los antagonismos y las yuxtaposiciones, entre la pulsión de

vida y la pulsión de muerte. La simple observación de la vida cotidiana de las sociedades modernas, dan una prueba irrefutable de estos movimientos pulsionales, cuando vemos replegarse en retirada a los tabúes de la sexualidad para que su lugar sea ocupado por la negación y el rechazo adoptado por los sujetos frente a la muerte. Cuanto más se acrecienta la capacidad destructiva del ser humano con el comercio ilimitado de armamentos y la expansión de las guerras, con el deterioro del espacio ecológico y el exterminio de las especies, más se empeña en borrar cualquier signo visible de la muerte. Ya no se vela a los muertos en las casas familiares sino en los tanatorios ubicados en zonas cercanas a los cementerios, se ocultan las enfermedades graves y los moribundos esperan su destino en edificios especialmente creados para ellos o en las secciones especiales de los hospitales denominadas eufemísticamente “Salas de tratamientos paliativos”, los cortejos fúnebres pasan veloces para no ser percibidos en las calles, mezclados entre los vehículos del tránsito urbano. Todo ocurre como si la muerte no existiera al mismo tiempo que el cine o la televisión hacen de ella el tema predilecto del espectáculo público. La civilización posmoderna deja un gran espacio para que la hipocresía se extienda y se infiltre en el tejido social impregnando también a la cultura.

Para Freud, la muerte deja de ser una cuestión sólo biológica y a pesar de que no exista en el sujeto ninguna representación de ella en la vida psíquica –no hay inscripción significativa de la muerte–, su invención hace posible un efecto de sentido en la elaboración teórica al poner en contacto esta noción con la pulsión sexual. Todas las formaciones del inconsciente, cualquiera sea el modo discursivo adoptado, son las expresiones audibles de ese oscuro fondo pulsional del deseo donde la muerte como la sexualidad siempre tienen algo que decir. Destino, pero también fundamento y sostén de la vida, la pulsión de muerte aparece designada, en algunos casos, como el eterno retorno, la repetición, el duelo o la melancolía, formas del léxico utilizadas por el psicoanálisis para nombrar ese más allá o ese más acá de la propia existencia humana.

A partir de ahora las pulsiones pasan a ocupar con pleno derecho un lugar privilegiado en la teoría psicoanalítica, junto a otros conceptos fundamentales, en torno a la invención freudiana del inconsciente. El valor estructurante de las pulsiones en la organización del aparato psíquico, la articulación libidinal con los objetos del deseo y del goce, y su peso determinante en la formación de los síntomas, convierten a este tema en una encrucijada de senderos que merecen ser transitados, y para ello no hay mejor guía, que la compañía intelectual de Freud.